

Valente como crítico

Libros Por Juan Malpartida.

Este volumen, segundo y último de las Obras completas de José Ángel Valente, reúne la totalidad de su obra crítica: estudios, ensayos, artículos, comentarios y notas de cuyas particularidades editoriales y significado general nos hablan su editor, Andrés Sánchez Robayna, y el recopilador: Claudio Rodríguez Fer. La amplitud y complejidad de esta reflexión sobre lo literario, y más, sobre lo poético, exige un estudio amplio y desprejuiciado para el que quizás aún no hemos tenido distancia suficiente.

Intensa y concentrada. Las disputas sobre qué deba ser o es la poesía, además del perfil fuertemente belicoso de algunos de los contendientes - incluido Valente- ha teñido la reflexión de elementos tanto ideológicos como estrictamente personales que, a la larga, poca luz arrojan sobre el valor estricto de una obra -tanto creativa como reflexiva- y mucho sobre el clima moral, relativo a lo literario, de una época. Me pregunto, tras repasar ahora algunos momentos de estos ensayos y notas, que he leído a lo largo de treinta años, por el significado de esta obra intensa, concentrada y en ocasiones desconcertante. Dejo a un lado sus versos, que para mí suponen, en varios de sus momentos, una de las presencias más perdurables de la poesía española del siglo XX, cuya riqueza extraordinaria -y pienso naturalmente en la poesía de la lengua española, no sólo en nuestro pequeño país- es estrictamente contemporánea de la europea, algo que durante más de un siglo habíamos perdido en un monólogo lamentable.

Dos polos. La crítica de Valente tiene dos polos: por un lado, la indagación de una tradición reflexiva, de fuerte acentuación del tú: Antonio Machado, pero no Juan Ramón Jiménez, fascinado por los misterios del yo, aunque la postura inicial sería matizada ante el Jiménez de la segunda época. Un tú regido por una actitud alerta, lúcida, como es el caso de Cernuda. Por el otro, y de manera complementaria, la exploración del lugar de lo poético en la poesía y por lo tanto su deslindamiento -en su caso- de las servidumbres ideológicas ajenas a lo que va a ser cada vez más y más la incardinación de

la poética de Valente: la palabra irreductible del fondo (trascendente e inmanente a un tiempo) como fundadora de lo poético y de lo social utópico.

En la primera etapa de sus ensayos hay una mayor dedicación a la crítica, a la observación plural de un panorama, pero ya desde *Las palabras de la tribu*, y de manera acusada a partir de finales de los setenta, esta reflexión acentúa la indagación de su propia poética y por lo tanto trata de fundamentar la tradición en la que se asienta y las obras de sus semejantes (los tuvo este «pájaro solitario») en su propio tiempo.

Preocupación moral. De manera paralela, José Ángel Valente ha sido un moralista, aunque dueño de una ironía capaz de deshacer al contrincante pareciendo que lo ha dejado intacto. Conceptualmente, esta preocupación moral se asienta en la tradición que informa el mundo ideológico de Giner de los Ríos y abarca en lo moderno al marxismo crítico de Castoriadis. La ironía en Valente fue el diablo de su religiosidad, que nunca terminó de decir su, sin duda, difícil nombre, si es que lo tiene, pero que se hunde en un cristianismo problematizado (a lo Aranguren), cuya indagación no tiene desarrollo en lo secular sino en lo poético: Dios está en la palabra y por lo tanto su mística no supone el anonadamiento en lo trascendente sino el descubrimiento íntimo de la revelación poética, verbal: La Cábala cristiana, pues, Miguel de Molinos, Juan de la Cruz, Johannes Eckhart y, por citar a un contemporáneo suyo, Edmond Jabès y su poética de la inminencia.

Valente fue, como se adivina, un espíritu desgarrado en la modernidad (pero nada expresionista: es un poeta de verdad, sin gestualización), una voz culta y penetrante, en contradicción entre el canto y la ironía, entre el tú esencial y la ausencia de una crítica que, al ignorarse a sí misma, acentúa peligrosamente el yo. Dicho de otro modo: la indagación de su poética es lúcida y coherente, se compartan o no sus extremos; su autor es el teatro donde han quedado los restos de la tensión entre el Uno y lo diverso.